

POÉTICA

POR

Ramón de Campoamor

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO III

9

POÉTICA

CAPÍTULO PRIMERO

RECUERDO DE UNA ANTIGUA POLÉMICA

1. *Motivo de este libro.*—Lo principal de este trabajo literario fué leído en el Ateneo de Madrid en la noche del sábado 29 de Marzo de 1879 para inaugurar las lecturas en prosa establecidas por aquella corporación.

Llamo POÉTICA á estos pensamientos inconexos sobre el arte en general y la poesía en particular, porque, si no pueden constituir una obra de preceptiva, son la expresión de actualidad, en la cual, con la pasión inherente á toda controversia, van expuestos, en rasgos generales, todos los procedimientos que practico al componer mis insignificantes obras literarias, y no estando lejos de opinar como un crítico racional que dijo de este trabajo «que había en él más ideas de demolición que de reconstrucción», no tengo la vanidad de publicar esta POÉTICA para que sirva de estudio á los jóvenes, sino que lo hago con el objeto de defender mi sistema literario.

Esta POÉTICA fué publicada, aunque no con tanta extensión como ahora, en forma de prólogo

en una de las colecciones en que á la primera parte de *Los Pequeños Poemas* se añadía otra segunda, incluyendo en ella los nuevos poemas siguientes:

LA MÚSICA.

LA LIRA ROTA.

LOS CAMINOS DE LA DICHA.

POR DÓNDE VIENE LA MUERTE.

EL AMOR Y EL RÍO PIEDRA.

LOS BUENOS Y LOS SABIOS.

LOS AMORÍOS DE JUANA.

UTILIDAD DE LAS FLORES.

Y continuaba el prólogo diciendo:—Tenía emperezados otros varios poemas, que acaso ya nunca concluiré, porque conozco que una colección de veinte pequeños poemas es demasiado numerosa para que la manera de escribir de un autor no se convierta en un estilo amanerado, y para que los lectores no sientan empacho al encontrarse con un pasto intelectual tan continuado y tan uniforme.

Pero he necesitado contar con la indulgencia de mis lectores al añadir estos poemas nuevos, porque de resultas de una polémica literaria titulada *La originalidad y el plagio*, hice aserciones temerarias que, ó tengo que rectificar, ó necesito ratificar.

En cierta ocasión, *El Globo*, periódico en el cual, andando el tiempo, su ilustrado director el señor Ollas y su inteligente redactor el señor don Pedro Bofill, con gran generosidad hicieron de mí elogios inmerecidos que nunca les agradeceré bastante, dió á luz unas cuarenta ó cincuenta frases sueltas que yo, entre otras muchas que no podría ahora precisar, había injertado en algunas obras mías, con un intento deliberado que

luego explicaré. Los que me echaron en cara el hecho, lo hicieron sin fijarse en que las frases copiadas están, la mayor parte, escritas y repetidas en muchos autores, y que la genealogía de alguna de ellas viene de Homero y de la Biblia.

Antes de pasar adelante, debo declarar que si sé me escapa alguna expresión demasiado enérgica, no se refiere, ni siquiera indirectamente, al principal sostenedor de aquella polémica, á quien algún tiempo después he tenido el gusto de conocer, y que es un excelente joven, de porvenir, que en la polémica no me ha faltado como otros, al respeto que todos nos debemos, ni á las consideraciones de una buena fraternidad literaria. Y si he de decir lo que siento, creo que algunos periódicos que se introdujeron en la cuestión, de lado y embozados, como los traidores de comedia, sin imitar las buenas formas de *El Globo*, no han atacado en mí tanto al literato como al político conservador. Las rivalidades de partido envengan hasta las buenas letras. Yo no sé en el orden ideológico á qué escuela política se me podría afiliar; pero lo que indudablemente sé es que en la práctica soy conservador hasta por organización, pues el hecho revolucionario, aunque sea hijo legítimo de una idea, me es insoportable por lo antiestéticamente con que se suele realizar. Esto, aunque yo tuviese algún mérito, siempre me privaría de cierta aura popular, que muchas veces pierde á caracteres más enteros que el mío. Hoy sólo en los ejércitos de la muchedumbre se puede sentar plaza de héroe ó de genio. Cuando Su Majestad el vulgo, y no hablo del vulgo de clase, sino del vulgo de entendimiento, es el supremo imperante, no reconoce más talentos que los ingenios que lo adulan. El genial Beranger ha tenido en

Francia más popularidad que todos los poetas del mundo juntos, y después de veinte años de su muerte, su gloria tiene un brillo veinte veces menos deslumbrante que cuando vivía, porque los guardianes del templo de la inmortalidad son unas Musas muy delicadas que examinan despacio los títulos que expiden las Sorbonas de la multitud, y para ellas el criterio del número inconsciente no es criterio de razón.

Si hoy diesen sus obras al teatro la gloriosa trinidad de Lope, Tirso y Calderon, ó tendrían que dejar de escribir, ó serían silbados inmisericordiosamente, sin más razón que la de estar investidos del carácter autoritario de sacerdotes católicos.

II. *Perniciosa influencia de la política en el arte.*

—Digo más: si Victor Hugo y Lamartine no hubieran apostatado de sus primeras ideas haciéndose demagogos, hubieran sido apedreados por legitimistas por calles y plazuelas.

La igualdad y la envidia conducen á la nivelación, y el palo es el sexto sentido de los ciegos y de los partidos democráticos.

Literariamente he llegado á despreciar á los críticos políticos, y más que en su juicio apasionado, me fio del talento y del criterio inconsciente de las mujeres, que han conservado la memoria de Arriaza, ahogada por un diluvio de poetas extranjerizados y de políticos rencorosos é iliteratos.

Y, efectivamente, por sus ideas absolutistas, hemos visto en nuestros días morir olvidado al poeta Arriaza, que era un ingenio bastante más natural y más feliz que muchos de los talentos que se complacieron en desdeñarle. De niño re-

uerdo que admiraba yo mucho á Arriaza, y no entendía á Herrera. Hoy, ya viejo, sigo no entendiendo á Herrera y leyendo con gusto á Arriaza. He visto alguna vez á este bondadoso anciano sentado humildemente á la mesa de un café, mientras pasaban orgullosos por su lado escritoruelos exagerados de los cuales ya nadie se acuerda, y estoy seguro que ante aquella generación desagradecida, le decía á Arriaza su conciencia lo que el cardenal Leneau al príncipe de Condé, cuando éste caía bajo el peso de la calumnia:—«¡Valor, que los detractores se hundirán en la sombra y vos quedaréis en la luz!»

CAPITULO II

EL ARTE SUPREMO SERÍA ESCRIBIR COMO PIENSA
TODO EL MUNDO

I. *Ni coincidencias de frases.*—Y volviendo á nuestro objeto, añadiré que he escrito la segunda parte de *Los Pequeños Poemas*, porque en la polémica á que he aludido, en una carta dirigida á mi noble y generoso defensor señor Bremón, entre otras afirmaciones temerarias, se me escapó la siguiente: «Escribiré unos poemas, todos completamente originales y completamente nuevos, en donde todas las ideas serán mías, para que vea usted que yo, en materia de versos, escribo *lo que quiero y como quiero.*» Suplico al lector que dé por borrada esta última frase. Yo pensaba reescribir alguno de los poemas antiguos con otros pensamientos, porque tengo la presunción de creer que, sin variar el consonante, puedo escribir un verso cien veces distintas, con cien ideas diferentes, y por ello me aventuré á hacer la aserción de que me arrepiento. La aserción, sin embargo, no revela vanidad en mí, pues soy de los que creen que todos los hombres tenemos casi el mismo talento, y sólo por no poner la voluntad en ejercicio mueren muchos Homeros desconocidos entre los aguadores de las fuentes públicas. Y por cierto que tengo que confesar que algunos, aunque po-

cos, de los versos citados en la controversia, los he alterado ya por razones estéticas; y, para variarlos todos, sólo aguardo á que acaben su tarea los que aun hoy día andan oliendo y desenterrando coincidencias, con tanto apetito como si buscasen trufas. Después de esto, y cumplido mi objeto, desharé, como la sal en el agua, la causa de su censura, probándoles que su ocupación ha sido del todo inútil, ya que dicen criticos formales como el señor Valera que mi diversión ha sido un poco pueril.

II. *Ni coincidencias de asuntos.*—Y por supuesto que todos esos rebuscadores de coincidencias de frases han tratado de encontrar semejanzas de asuntos, para poder inferir si tal argumento de tal dolora ó el fondo de tal poema pueden haber sido inspirados por tal ó cual autor. ¡Trabajo inútil! Con esa clase de investigaciones van á probar lo contrario de lo que desean, y es, que yo soy *el único escritor original del mundo.*

El tijebrero de un periódico, hablando de la palabra *plagio*, se permitió decir que yo lo había cometido al poner en verso ciertas frases de la prosa, callando, por supuesto, el objeto con que lo había hecho. Yo creía que el verso y la prosa eran dos artes completamente diferentes, y que así como algunos gacettilleros como él deshonoran á los poetas echando á perder sus pensamientos, podían los poetas honrar á ciertos prosistas trasladando sus ideas al lenguaje de los dioses.

Y ¿quiénes son, con honrosas excepciones, los que me echan en cara que yo he trasladado á la poesía algunas frases de la prosa? Pues son precisamente unos prosistas ramplones, que con el mobiliario de doscientas palabras gastadas por el

uso y otras tantas ideas encanijadas por el abuso, se dan aires de críticos, no teniendo más novedad que la de alterar un poco la sintaxis para disimular la copia y para expresar las mismas ideas con las mismas palabras que usaban sus respectivas abuelas.

Dejad, dejad de buscar conexiones intelectuales entre mis obras y las ajenas, porque, aunque con vergüenza mía os tenga que confesar que no sólo la mayor parte de las expresiones versificadas por mí no me he tomado el trabajo de escogerlas yo, pues las debo á indicaciones de mi antiguo é ilustrado amigo el señor don Nemesio Fernández Cuesta, sino que jamás he leído, ni querido, ni podido leer un solo libro que no esté escrito en español, pues el francés, que es el único idioma que podía saber si yo fuese un hombre medianamente aplicado, no lo conozco bastante para poder comprender en él el mérito de la más ligera de sus poesías. Y lo extraño del caso es que por haber versificado, no algunas ideas de Victor Hugo, que para nada me hacían falta, sino algunas frases de su elegante traductor el señor Cuesta, hay criticastros que han dado por supuesto que imitaba á Victor Hugo; cosa imposible, porque yo no leo más que libros de filosofía, y nadie ha dicho que el gran poeta entienda de esto una sola palabra; y las poesías no he podido leerlas en los originales, porque mi francés repito que es algo parecido al que gruñía el cerdo del romance de Gerardo Lobo, y porque, escarmentado por algunas traducciones que ha hecho nuestro compañero el señor don Teodoro Llorente, no podría leer nunca poesías tan justamente celebradas, porque, dado mi carácter literario, me expondría á caer de espaldas al oír el estrépito de aquel ca-

ñón de la hipérbole. A los que suponen que puede haber la menor coincidencia de ideas entre el gran escritor y mi humilde persona, me hacen un honor que no merezco, y me concreto á compadecerme de sus entendederas, y no les llamo *imbéciles* porque yo acostumbro á tratar con cortesía hasta á las mismas gentes que desprecio.

Así, pues, cuando he dicho que jamás he podido tomar un asunto de un autor extranjero, no ha debido ponerse en duda mi veracidad, y aconsejo á mis detractores que no pierdan el tiempo en buscar los orígenes de los asuntos que trato, pues sólo están en mi propio pensamiento, y no hallarían una prueba en contrario aunque para desmentirme se conjurasen con su tenacidad y su saña características la envidia, la ignorancia y la mala educación.

III. *Crítica analítica.*—Decía que la censura ha sido completamente inútil, porque en la última edición de la primera parte de *Los Pequeños Poemas*, dejando el mismo consonante que tenían, como pie forzado, he alterado todos los versos que recordaba que han sido citados en la controversia. ¿Cuáles son mejores? ¿Los primeros ó los segundos? Todos son indiferentes. En las composiciones, lo que importa es el conjunto artístico.

Sin embargo, para variar todas, absolutamente todas las frases de la prosa que yo he metrificado, sería menester que me devolviesen los libros en que están anotadas esos husmeadores literarios que los han escamoteado. ¿Es que no quieren que, al hacer la transformación, pueda yo lucir el poco ingenio que Dios me ha dado?

Y para burlarme completamente de los rebuscadores de coincidencias, no quisiera que se me

olvidase decir que en la segunda parte de *Los Pequeños Poemas* hay un verso, un solo verso, en *El amor y el río Piedra*, que dice así:

Como un carbón que lo encendiese el viento,

el cual, como los críticos verán, está impreso en *bastardilla*, y citado además su autor, el padre Yepes, cronista de San Benito, pues con tal de complacer á mis detractores no me importa aparecer tan nimiamente ridículo como cierto teólogo á quien, habiéndole dicho un crítico que el copiar una frase conocida, si no se citaba el autor, era además de un plagio un *pecado*, en descargo de su conciencia citaba los nombres de los escritores de todas las frases que usaba. Y un día, presidiendo el desayuno de unos seminaristas, el teólogo comenzó su acción de gracias del modo siguiente: «Loado seáis, Señor, por habernos despertado sanos y salvos del *sueño*, que un *redactor de la Gaceta de Edimburgo* ha llamado: *la imagen de la muerte*.»

IV. *La crítica sintética*.—Pero, por desgracia, es inútil que yo, con mis pretensiones de reformista, haya tratado de variar el punto de vista de la crítica literaria, obligándola á hacer juicios sintéticos sobre las obras de arte y á abandonar ese sistema crítico impertinente analítico, porque siempre que me ha hecho el honor de censurarme, ha sido con el exclusivo objeto de examinar si tal idea puede tener algún parentesco con tal otra; si empleo, como lo exige el idioma, consonantes fáciles, en vez de echar mano de los rebuscados y exquisitos, y si dejo algunos asonantes cerca de los consonantes por no violentar la

sintaxis, como sucede en la conversación vulgar, sin que se estremezcan los oídos de nadie. ¿No podían esos críticos de almacenes de juguetes de niños dejar esas simplezas y elevar el entendimiento á una crítica elevada, examinando si mis asuntos son buenos, los planes regulares, el empeño feliz y el fin de la obra trascendental.

Cuentan que el célebre Nelson, herido de muerte en la batalla de Trafalgar, se hacía dar cuenta, momentos antes de expirar, del curso del combate, y decía á sus segundos: «Dejaos de apuntar á las arboladuras. ¡A los cascos! ¡A los cascos!» Lo mismo digo yo á esos críticos míopes, rebuscadores de coincidencias dudosas y vulgares y de versitos insignificantes, más ó menos malos. Dejaos de reminiscencias, de asonancias y de versos. ¡A los planes de los asuntos y á la filosofía de los planes! ¡A los cascos! ¡A los cascos!

Y á propósito de la táctica de Nelson, voy á dar á mis enemigos una idea para que puedan batir en brecha mi originalidad.

No hay ni puede haber ninguna obra grande ni pequeña que no haya sido compuesta con materiales que otros autores han ido creando mucho tiempo antes que el artista haya reducido á un *conjunto armónico* todas aquellas partes desparzamadas y perdidas sin unidad y sin objeto.

La *Iliada*, según Horacio, está calcada sobre otra *Iliada* anterior á Homero; y así como se ha escrito *La Divina Comedia* antes de Dante, y se podrían escribir la *Eneida* antes de Virgilio, el *Orlando* antes de Ariosto, *Los Portugueses* antes de Camoëns, el *Quijote* antes de Cervantes y el *Fausto* antes de Goethe, podía una crítica mal intencionada realizar un pensamiento que con buenísimos propósitos ya tuvo mi amigo el señor Me-

néndez Rayón, y es el de escribir un libro titulado *Las Doloras y los Pequeños Poemas antes de los Pequeños Poemas y las Doloras*. Por medio de este estudio, hecho con un poco de mala fe, sería fácil despojarme de la originalidad indiscutible é indiscutida de los dos géneros, y me sucedería lo que á cierto químico mediano que descubrió el yodo, y luego los críticos decían de él «que no era él quien había descubierto el yodo, sino que el yodo era el que lo había descubierto á él».

V. *Efectos de la crítica satírica*.—El entendimiento corto y el alma pequeña de un crítico pueden acobardar á ingenios eminentes, y un Hermosilla es capaz de ahogar más genios en embrión que flores marchita una noche de helada en primavera.

La envidia y la imbecilidad suelen querer apagar las luces, para que en la sombra todos seamos iguales.

Hablando de Ayala, dice el ilustre dramático señor don Manuel Tamayo y Baus: «No aumentó más su caudal literario quizá porque la crítica, antes más enconada que ahora, heló á veces su entusiasmo. Y tal vez las injustas censuras fueron motivo de que Hartzzenbusch no favoreciese al teatro nacional con mayor número de obras. Ciertas diatribas han de ocasionar al que es objeto de ellas profunda amargura ó profundo desprecio.»

Tiene razón el señor Tamayo. Los críticos son los gusanos del alma de los vivos y de los muertos. La gloria es como la fortuna; es muy difícil adquirirla, pero es más difícil todavía defenderla. Decía un defensor de Ayala que «por regla general los satíricos *pegan*, como dicen ellos en su lenguaje bohemio, con particular saña á todos los

que creen que *están en fondos*». Pero no debe ser del todo cierto, porque yo he sido maltratado *gratis*, si bien es verdad que nunca he pasado de ser un pobre acomodado.

El enérgico escritor señor don Jacinto Octavio Picón, después de llamar á ciertos críticos satíricos *sabandijas literarias*, y de decir que más que *desheredados de la fortuna* son *huérfanos del decoro*, los retrata de mano maestra del modo siguiente:

«Engendran á la *sabandija literaria* el convencimiento de la propia bajeza y la envidia del valor ajeno. El goce de otro les amarga la vida, y acaban por tener hacia el prójimo, en forma de odio, todo el desprecio que debían tener de sí mismos.

»Con frecuencia, la *sabandija* logra darse á conocer; en este caso pertenece ya á una variedad temible. Después de haberse estrellado en el teatro ó en el libro, consigue asociarse á otro animal imbécil, pero también dañino, que se llama caballo blanco, y funda un periódico que suele ser satírico, pero que algunas veces tiene la avilantez de presentarse como serio. Cada columna de aquel papel se convierte en una *picota* de honras ajenas; la *sabandija* va colgando allí todos los vicios, todos los errores de sus contemporáneos; y como lo malo inspira juntamente curiosidad y desprecio, el periódico, aunque luego se tire, empieza por leerse, hace daño, regocija á su dueño, y la alegría de sacar á relucir la flaquezas del prójimo le exime del trabajo de ir observando las propias. Para él todo hombre público roba, toda mujer hermosa se vende, toda conciencia se prostituye, toda inteligencia se cotiza, todo poeta plagia, todo hijo es adulterino, todo marido es manso, y así va haciendo, en sueltos y en artículos, mil

retratos del hombre, que no son sino imágenes suyas en distintas posturas. Llega por fin un día en que se muere ó le desloman de un sablazo, y nadie vuelve á acordarse de él, porque en ningún momento de la vida recuerda uno el sapo que mató en un camino, sin odio, sin rencor, sólo porque al mirarle sintió repugnancia mezclada de asco y miedo.

»La envidia toma en la sabandija las formas más asquerosas que puede inspirar esa pasión, que parece debía ser patrimonio de los débiles y que desgraciadamente ataca también á los fuertes. Censura lo bueno, elogia lo mediano, llama niño á lo discreto, desvergonzado á lo gracioso, soso á lo oculto; lo realmente superior tiene el privilegio de sacarle de quicio.

»Sólo á los muertos reconoce mérito: es preciso que el enemigo desaparezca para reconocerle algo bueno.

»Lo verdaderamente triste que ofrece el estudio de la sabandija, es que algunas veces tiene talento: entonces se hace completamente intolerable; la víbora tiene ya conciencia de sus actos, suele hasta tomar forma de amigo.

»Puede aplacársela por unos días con dinero; pero el remedio es fatal, porque obligada á alejarse, escupe desde lejos el veneno que no se atreve á inocular de cerca.

»Sólo hay una medicina buena contra ella: el desprecio.

»La especie es numerosa; pero no importa: sucede con ella lo mismo que con la carcoma: los troncos que roe se mueren de viejos.»

Pero en vez de contestarles siempre con el palo ó el *desprecio*, como aconsejan los señores Tamayo y Picón, sería más cristiano castigarlos

alguna vez con el *consejo*. Por eso soy de parecer que cuando algún *timador* (otra palabra de su lenguaje bohemio) quiera hacer una carambola literaria, apuntando á la honra de un artista para darle en el bolsillo, haga con él lo que hizo un célebre escritor francés, según se cuenta en la anécdota siguiente:

«Madame de Vandeuil, hija de Diderot, refiere que un joven desconocido fué á visitar una mañana á su padre.

»—Os ruego—le dijo—que leáis este manuscrito, y escribáis al margen las observaciones que su lectura os sugiera.

»El joven salió, y mi padre, al coger el cuaderno, vió que todo él no era otra cosa que una amarga sátira contra su persona y sus escritos.

»Cuando el autor volvió, pasados algunos días, mi padre le dijo:

»—No os conozco; jamás he pedido haceros daño alguno. Explicadme, pues, los motivos de semejante conducta.

»—Me muero de hambre—contestó;—he escrito esta obra y he creído que me daríais algunos escudos si no la publicaba.

»—No seríais vos el primero á quien se haya recompensado por callar; pero podéis sacar mejor partido de ese libelo: El duque de Orleans, que se halla retirado en Santa Genoveva, me odia desde hace mucho tiempo. Es devoto; dedicadle vuestra sátira y poned su escudo sobre la encuadernación. Llevadle la obra, y de seguro obtendréis algún socorro.

»—Pero yo no conozco á ese príncipe, y no acertaré á escribir la dedicatoria.

»—Sentaos ahí, yo mismo voy á redactársela.

»Mi padre escribió la dedicatoria, el autor sa-

lió con ella, volvió á casa del príncipe, recibió veinticinco luises, y al cabo de algunos días se presentó á dar las gracias á mi padre, quien le aconsejó con dulzura que adoptara un género de vida menos *vergonzoso*.

Y, después de todo, ¿qué importa que detrás de la careta de un satírico se vea la cara de un canalla? Al fin de las diatribas, las obras literarias quedan, y á los difamadores les sucede lo que al *Setabense*, un censor extravagante que, cansado de oír los elogios que se tributaban á Cervantes, le dió la manía por escribir unos artículos queriendo probar que su *Quijote* valía menos que el de Avellaneda. La mitad del público se burló de él y la otra mitad se indignó; pero lo mismo los indignados que los burlones dejaron al *Setabense* devorar su envidia en el olvido y el destierro. Algunos años después, átravesando las landas el duque de Frías, nombrado á la sazón nuestro embajador en París, divisó á la puerta de la casa de un pueblecillo al *Setabense*, á quien conocía, y al verle leyendo el *Quijote* de Cervantes, pálido y desencajado con la fiebre del remordimiento, se apeó el magnate poeta de su carruaje, y antes de confortarle con palabras cariñosas, no pudo menos de empezar diciéndole: «¡Castigo de Dios!»

Tememos mucho que, lo mismo que al escritor de las landas, les va á pasar á los críticos á que alude el señor Tamayo. Y es posible que algún día, arrepentidos de su mal pensar y de su peor obrar, les entre la reacción de la fiebre del bien ajeno, y que algún viajero, al pasar por las landas á que habrán desterrado á los nuevos *Setabenses* sus remordimientos y la indiferencia del público, les diga recordando al duque de Frías: «¡Castigo de Dios!»

Y acabemos con esta trailla de canes rabiosos. Dice un proverbio que si un viajero se detuviese á hacer caso de todos los perros que le ladran en el camino, no llegaría nunca al término de su viaje.

Mas volviendo á la impertinente aserción de que yo en verso hago *lo que quiero y como quiero*, añadiré, que como después del ardor del combate me ha venido á visitar el ángel de la modestia, ausente de mí en aquel momento, no he querido cumplir mi palabra, y por consecuencia, ya que no he dado la prueba, retiro la frase.

Pero sostengo la primera parte de la aserción, en la cual prometía publicar unos poemas completamente originales y completamente nuevos, absteniéndome, al componerlos, de toda clase de lectura, para no insertar á sabiendas ninguna frase ni vista ni oída; aunque después de haber escrito la segunda parte de *Los Pequeños Poemas* por vanidad, por pura vanidad, me asalta la duda de si se hallará en ellos todavía el trapo viejo de alguna reminiscencia que me puedan sacar á relucir, diciéndome: «Esta idea la tengo yo escrita en un drama inédito», «tal expresión se la he oído al señor cura predicando», «aquella frase es muy común en todos los mercados», «ese giro se ve todos los días en los periódicos», etc., etc., en cuyo caso les diré: «¡Gracias, señores míos, muchas gracias! Porque merced á vuestra diligencia habré conocido que he llegado á alcanzar el mérito supremo que quería tener Voltaire, el ideal poético que yo creía perseguir en vano: el de escribir poesías cuyas ideas y cuyas palabras fuesen ó pareciesen pensadas y escritas por todo el mundo.»

Y acabo aquí de hablar de esos fiscales oficiosos, que son como aquel ciudadano que sólo que-

ría ser alcalde para *echar gente á presidio*. Así como las flores del rosal por falta de cultivo degeneran hasta transformarse en una especie de rosas de escaramujo, los críticos sin estudios superiores se convierten por empirismo en unos verdaderos malas lenguas. Creen que criticar es zaherir. No saben que la crítica, cuando no parte de un principio superior de metafísica que sirva de pauta general, ó es un medio despreciable de desahogar la bilis, ó un antifaz para lanzar impunemente dardos calumniosos. Si algo pudiera desalentar en esta vida las fuerzas de mi corazón, me afligiría el ver la indiferencia con que se ven los estragos que hacen, no los rosales, sino los escaramujos de la crítica, convirtiéndose en conductores de las pestes de la envidia literaria, de la animosidad, de las antipatías personales y de la rivalidad política, sin que el público procure aislarlas por medio de cordones sanitarios de desprecio.

CAPÍTULO III

LA VERDADERA ORIGINALIDAD

I. *Factores que constituyen la obra de arte.*— Sentiré volver á caer en el pecado de la pedantería, pero después de rectificar la expresión de que yo *en verso hago lo que quiero y como quiero*, tengo que ratificarme en la aseeración de que «á mi, en mis obras, me pertenece siempre por completo la verdadera originalidad, que son los cuatro factores que constituyen el arte, *la invención del asunto, el plan de la composición, el designio filosófico y el estilo*».

Ya sé yo que he hecho mal en sentar una afirmación que honra poco mi modestia; pero, en fin, ya lo he hecho, y no tengo más remedio que sostener mi opinión. Además, nunca he tenido ocasión de exponer mis principios literarios, y no me parece fuera de lugar hacerlo hoy al defenderme de cargos injustos de innovación, porque yo, siguiendo en lo posible el consejo de la sabiduría divina, como mero aficionado, me consagro en el arte, aunque infructuosamente, «á la elección constante de lo que creo mejor». Declaro con rubor que al llegar á este punto vacilo, y no sé cómo continuar sosteniendo que mi sistema es el mejor, sin que parezca que me alabo. Pero ¡cómo ha de ser! Aun á riesgo de que dude de mi humildad